

A.C.N. DE P.

AÑO XXV

15 de noviembre de 1949

NUMERO 445

LAS CONVERSACIONES INTERNACIONALES DE SAN SEBASTIAN SON DE GRAN UTILIDAD PARA LOS CATOLICOS

Han asistido representantes de todo el occidente europeo

DISCURSO DE NUESTRO PRESIDENTE EN EL ACTO DE CLAUSURA

Del 6 al 12 de septiembre tuvo lugar en San Sebastián la cuarta reunión de las Conversaciones Católicas Internacionales, en cuya organización y desarrollo han tomado parte muy importante el Centro de San Sebastián y distinguidos miembros de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

Las sesiones fueron consagradas a una doble finalidad. Por una parte, se trataba de ultimar y aprobar definitivamente, si esto era posible, el proyecto de "declaración o carta de derechos de la persona humana en la sociedad civil, según las enseñanzas de la Iglesia católica". Por otra, la Junta de las Conversaciones sometía a las deliberaciones de los participantes un nuevo tema: "El dirigente de opinión y la armonía entre los pueblos". Se trataba de discutir la posibilidad y los caracteres de una acción conjunta de los dirigentes de opinión, es decir, de todos aquellos que, directa o indirectamente, contribuyen a formar la opinión pública en favor de una auténtica y cristiana armonía internacional, no desconocedora de las realidades nacionales.

Tomaron parte en esta reunión distinguidas personalidades españolas y extranjeras; entre estas últimas merecen destacarse los nombres del canónigo Rupp, observador católico cerca de la U. N. E. S. C. O.; reverendo padre Dubarle, O. P., de la "Vie Intellectuelle", de París; Abbé Berrar, capellán de la Federación de Intelectuales Católicos franceses; reverendo padre Philippe, M. Charles Pichón, director de "France-Espagne", de París; reverendo padre Messineo, S. J., de la "Civiltá Cattolica", de Roma; monseñor Paván, del Instituto Católico de Actividades Sociales de Italia; señor Bernucci, redactor de Política Internacional de "L'Osservatore Romano"; señor Vedovato, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Firenze; M. Hoyois, secretario de la Unión de Malinas; M. Molitor, director de la "Revue Nouvelle"; M. le Chan Thiis; Mr. Hollis, de "The Tablet", miembro del Parlamento británico, publicista; Abbé Chavaz, publicista de Ginebra; monseñor Pereira dos Reis, rector del seminario de Cristo, adjunto al Patriarcado de Lisboa; M. Lieveskinde, profesor de la Universidad de Lausana y Ginebra; profesor Verdross; doctor Smolka, publicista; M. André Aumonier,

secretario de la Federación de Intelectuales Católicos Franceses; reverendo padre Bosc, S. J., de "Etudes", de París; M. le Chan. Jobit, director del Centro de Altos Estudios Iberoamericanos de París y profesor del Instituto Católico de la misma capital; Abbé Lefèvre, director de "La Pensée Catholique", de París; M. Las Cases, de la Federación de Intelectuales Católicos Franceses; reverendo padre Du Rivau, director de la revista francesa "Documents" y de la alemana "Dokumente"; M. y Mme. Dorte-Claudot, secretario general del Centro Católico Internacional para la Paz y presidente de l'Accueil Catholique, de París y secretaria general de Pax Christi, respectivamente.

Entre los representantes españoles figuraban, juntamente con el Presidente de la Asociación, don Fernando Martín-Sánchez, distinguidos propagandistas del Centro de San Sebastián, con su secretario, Carlos Santamaría Ansa; don Antonio de Luna, don Isidoro Martín, don José María Vilaseca, don Francisco Poudereux, don Francisco Sintés, don Alfonso Querejazu, don José María Cirarda, don Miguel Cruz y los Jóvenes del Círculo de Madrid don José María Ruiz Gallardón, don Fernando Alvarez de Miranda y don José Luis Ruiz Navarro.

Sobre el tema "El dirigente de opinión y la armonía entre los pueblos" se presentaron trabajos de mucha importancia, y a través de interesantes debates pudo llegarse a un conjunto de conclusiones muy estimables.

En cuanto a la declaración de derechos del hombre, no pudo darse por ultimado el trabajo, por haberse manifestado notorias disparidades de criterio en torno al enunciado de la libertad religiosa. Con un visible espíritu de caridad y de sinceridad y un afán de comprenderse mutuamente, los participantes entablaron una cálida discusión sobre este punto, sin que en definitiva pudiera recaer un acuerdo plenamente satisfactorio. Aunque las divergencias no fueran substanciales, pues todos ellos coincidían, naturalmente, en las líneas fundamentales de la doctrina de la Iglesia, algunos "conversadores" preferían se enunciase exclusivamente el derecho a la práctica religiosa que nace de una conciencia sincera, sea verídica o errónea, prescindiendo, por tanto, de toda distinción entre la religión verdadera y las religiones no verdaderas. Estimaban suficiente, pues, un enunciado que saliera en defensa de la subjetividad religiosa, sin dejar de reconocer que la auténtica libertad religiosa tiene un fundamento objetivo cuando se refiere a la verdadera religión.

Sin embargo, y aunque, como se ha dicho, el acuerdo plenamente satisfactorio no pudo lograrse, la impresión general es favorable a estos contactos, que van revelándose cada vez más fructíferos y necesarios y en los que de año en año se observan las enormes posibilidades de un trabajo de aproximación, sumamente útil en el momento actual.

Del acto de clausura hacemos resaltar, ya que se pronunció en nombre de la delegación española, el siguiente

Discurso de don Fernando Martín-Sánchez

"Hablaré en español, y si el tiempo y la Presidencia lo permiten, haría una traducción de mis palabras al francés y al italiano.

Han sido tantas, tan bellas cosas, y algunas tan amablemente exageradas, las que los delegados extranjeros han dicho de nuestra España, que sería imperdonable pecado de ingratitud que los primeros labios españoles que se abren, después de haberlas escuchado, no diéran muy rendidas gracias a todos; pero a la vez evitaran cometer el pecado de inelegancia espiritual de insistir sobre ellas. Voy, por tanto, a hablaros sola-

mente de dos cosas que quisiera que tuvierais muy presentes los delegados extranjeros. Y es la primera que los delegados españoles, invitados, como vosotros, por el Comité de las Conversaciones, no creemos jamás que por celebrarse éstas felizmente en territorio de nuestra España, tengamos ningún privilegio ni ninguna diferencia sobre las demás delegaciones. Somos todos iguales a vosotros y nos consideramos una delegación más. Y es la segunda advertencia que quisiera hacerlos, queridos amigos todos, que así como a

FACTORES QUE INTERVIENEN EN LA OBTENCION DE LA RENTA

Segunda conferencia de don Emilio de Figueroa en el Círculo de Estudios del Centro de Madrid

(Véase la primera en el número 444 del BOLETIN, de 1 de noviembre de 1949.)

Partiendo de que la división del trabajo incrementa el rendimiento del mismo, vamos a ver cuáles son los factores que hacen posible la división del trabajo.

Podríamos concebir una sociedad totalmente planificada, una especie de Estado totalitario a ultranza, donde se señalase a cada uno una función determinada y que todo se llevara a cabo según un plan minuciosamente elaborado. Wells, el famoso novelista inglés, habla en una novela titulada "Los primeros hombres en la Luna" de un método para hacer que los niños se adaptasen, a través de un severo régimen de educación, a los distintos tipos de actividad, saliendo excelentes matemáticos, magníficos soldados o estupendos ingenieros. Pero esto—como es natural—no pasa de ser una fantasía; en un tipo de civilización como el nuestro, en la cual se respeta la libertad humana, la división del trabajo no se realiza de esta forma obligatoria, sino de un modo completamente espontáneo. Ya veremos cómo influye esto en las distintas carreras y oficios.

En los primeros tiempos de la Historia, cuando las familias vivían en tribus o clanes y no existían verdaderos contactos íntimos entre los diversos grupos, era imposible que un individuo se dedicara a una actividad determinada, como, por ejemplo, zapatero, sino que la familia tenía que distribuir el trabajo en la forma más adecuada entre los diversos componentes. Luego una condición esencial para que la división del trabajo pueda realizarse es que exista un cambio desarrollado. Pero para que esto tenga lugar es preciso a su vez que haya una cierta amplitud del mercado. Para que el mecanismo del cambio se desarrolle suficientemente es necesario que el mercado tenga cierta extensión; es decir, que exista la posibilidad de producir una serie de artículos no para el consumo propio, sino para ser cambiados, ya que de este modo podrá lograrse una satisfacción mayor de las necesidades que produciendo uno todo lo necesario. Por otra parte, el empleo de máquinas sumamente especializadas exige una producción en gran escala, la cual sólo es posible con un mercado amplio, capaz de absorber toda la producción. La división del trabajo y la fragmentación del proceso productivo en una serie de procesos parciales exige una economía de cambio muy desarrollada, y ésta está basada, a su vez, en la amplitud del mercado.

La segunda característica común a todos los conversadores es que todos sentimos el catolicismo no como un fenómeno egoísta, individual, sino que lo sentimos con un espíritu verdaderamente apostólico. Todos nosotros no nos sentimos tranquilos solamente con ser personalmente católicos, sino que sentimos también la llama del apostolado que nos lleva a transmitir este espíritu católico y a propagar el catolicismo entre todos nuestros hermanos en nuestros respectivos países. (Muy bien.)

Esta doble condición de la religión primero que todo y de la religión sentida con espíritu apostólico y de propaganda a nuestros hermanos, es, como he dicho, la doble característica que nos une. Y voy también a osar, a querer representar a todos los conversadores, en un ruego que voy a dirigir a su eminencia reverendísima el señor Nuncio de Su Santidad. Cuando vuestro señor Nuncio, eleve a la Santidad de nuestro Padre común Pío XII la referencia, la relación, el informe de estas Conversaciones, en nombre de todos los conversadores os ruego, excelentísimo señor, que manifestéis respetuosamente a los pies de Su Santidad el deseo de todos los conversadores de servir a la Iglesia y seguir las orientaciones pontificias con toda aquella delicada atención y cuidado con que el propio Pontífice desea que sea seguida. Este es solamente el ruego que hago en nombre de todos los conversadores. Y nada más, pero tampoco nada menos." (Grandes aplausos.)

talmente planificada, una especie de Estado totalitario a ultranza, donde se señalase a cada uno una función determinada y que todo se llevara a cabo según un plan minuciosamente elaborado. Wells, el famoso novelista inglés, habla en una novela titulada "Los primeros hombres en la Luna" de un método para hacer que los niños se adaptasen, a través de un severo régimen de educación, a los distintos tipos de actividad, saliendo excelentes matemáticos, magníficos soldados o estupendos ingenieros. Pero esto—como es natural—no pasa de ser una fantasía; en un tipo de civilización como el nuestro, en la cual se respeta la libertad humana, la división del trabajo no se realiza de esta forma obligatoria, sino de un modo completamente espontáneo. Ya veremos cómo influye esto en las distintas carreras y oficios.

En los primeros tiempos de la Historia, cuando las familias vivían en tribus o clanes y no existían verdaderos contactos íntimos entre los diversos grupos, era imposible que un individuo se dedicara a una actividad determinada, como, por ejemplo, zapatero, sino que la familia tenía que distribuir el trabajo en la forma más adecuada entre los diversos componentes. Luego una condición esencial para que la división del trabajo pueda realizarse es que exista un cambio desarrollado. Pero para que esto tenga lugar es preciso a su vez que haya una cierta amplitud del mercado. Para que el mecanismo del cambio se desarrolle suficientemente es necesario que el mercado tenga cierta extensión; es decir, que exista la posibilidad de producir una serie de artículos no para el consumo propio, sino para ser cambiados, ya que de este modo podrá lograrse una satisfacción mayor de las necesidades que produciendo uno todo lo necesario. Por otra parte, el empleo de máquinas sumamente especializadas exige una producción en gran escala, la cual sólo es posible con un mercado amplio, capaz de absorber toda la producción. La división del trabajo y la fragmentación del proceso productivo en una serie de procesos parciales exige una economía de cambio muy desarrollada, y ésta está basada, a su vez, en la amplitud del mercado.

Producción. Mercado. Transporte

Todas las diatribas que se han dirigido al sistema capitalista se basan en una supuesta anarquía de la producción, que sólo considera el lucro, sin reparar si se producen o no los bienes que la sociedad verdaderamente necesita. Pero esto carece de fundamento. En una sociedad libre, el lucro de los empresarios depende de su volumen de ventas, y éste, a su vez, depende de los precios y de los gustos de los consumidores. Son éstos, en realidad, los que determinan, a través de la demanda, lo que ha de producirse y en qué cuantía. Cuanto ma-

yor es la libertad del mercado (que no hay que confundir con un régimen de "laissez-faire"), mayor es la hegemonía del consumidor. Un sistema de mercado libre es una verdadera democracia, en la que cada peseta gastada equivale a un voto. Claro es que en lo que se refiere a la distribución la cosa varía.

Cuando se argumenta que la mayoría de las gentes no pueden disfrutar de los bienes producidos a causa de su pequeño poder adquisitivo, hay que tener presente que de esto no tienen la culpa ni la división del trabajo ni el sistema de producción capitalista, sino la injusta distribución de la riqueza y de la renta. Para producir barato es necesario producir en gran escala y vender también en gran escala. De modo que es preciso, para que tenga lugar la división del trabajo, que exista un gran mercado; no porque esto convenga al capitalista, sino porque toda la estructura del sistema basado en la división del trabajo se apoya en una producción en gran escala, que haga posible la especialización de los hombres y de las máquinas. No parece que Rusia haya renunciado a estas ventajas, a pesar de su origen capitalista. Pero la amplitud del mercado no basta; es preciso también disponer de medios de comunicación rápidos y baratos, porque aun cuando pudiéramos imaginar un núcleo de población concentrada en una pequeña zona de terreno, serían necesarios medios de transporte para abastecerla debidamente, ya que la producción de los campos circundantes no bastaría.

Es necesario, además, que exista un marco, que podríamos llamar institucional, con leyes, con jueces y con una policía encargada de que se cumplan dichas leyes.

El dinero, instrumento fácil de cambio

Pero la clave de todo esto está en la posibilidad de sustituir el trueque, la permuta, por un cambio indirecto a base de un instrumento de cambio general aceptado por todos, que es el dinero. Recientemente, en un libro americano se citaba un ejemplo que pone en evidencia las dificultades que se presentarían en un sistema de trueque en el cual no existiese el dinero. Se trataba del caso de un cazador en África que deseaba adquirir una embarcación; pero la persona que la tenía deseaba cambiarla sólo por marfil. El explorador no tenía este producto; pero conocía a un hombre que estaba dispuesto a cambiar marfil por tejidos. Desgraciadamente, tampoco tenía tejidos; pero la suerte le deparó una persona que deseaba cambiar tejidos por alambre. Como disponía de este último artículo, pudo, al fin, conseguir la ansiada canoa.

No hace falta destacar las dificultades que se derivarían de un sistema basado en el trueque. El dinero no sólo facilita los cambios, sino que hace posible la división del trabajo y la producción en gran escala.

División del trabajo: condiciones esenciales para ello

Resumiendo cuanto llevamos dicho se tiene que la capacidad de obtener renta de un país depende del volumen y calidad de sus recursos naturales, equipo capital y fuerza de trabajo disponible; que dados estos factores de producción, la capacidad de obtener renta de un país se eleva mediante la división del trabajo y la especialización de su equipo, y que para que esto pueda tener lugar son condiciones esenciales un mercado amplio y desarrollado, para lo cual se precisa un instrumento de cambio general (el dinero); medios de transporte rápidos y baratos, determinadas leyes, un sistema de tribunales y policías que las hagan cumplir y un marco político, jurídico y social dentro del cual se desarrollen todas las actividades.

Pero no basta con esto; la capacidad de obtener renta de un país se elevará si las empresas alcanzan su "dimensión óptima"; es decir, aquella dimensión para la cual el coste medio de producción es mínimo. La "dimensión óptima" varía con el tipo de empresa de que se trate (así, por ejemplo, no es lo mismo la "dimensión óptima" de un alto horno que la de una empresa textil; del mismo modo que un elefante del tamaño de un abejorro o un abejorro, a causa de su estructura fisiológica, del tamaño de un elefante serían sumamente ineficaces, una empresa que no se ajuste a la "dimensión óptima" que corresponde a su naturaleza será un despilfarro de recursos), con el estado de la técnica y con la amplitud del mercado. La superioridad económica de la gran empresa sobre la pequeña empresa obedece a este motivo. En un régimen de libre competencia, las empresas tienden a alcanzar la "dimensión óptima", ya que las menos eficientes son desplazadas del mercado por las que producen a un menor coste. Pero cuando existe una situación de monopolio o de competencia imperfecta, las empresas pueden exceder de su "dimensión óptima", ya que, como ocurre con los "trusts" y "cartels", los beneficios monopolísticos compensan con creces las pérdidas que puedan derivarse de aquel hecho. En España, desgraciadamente, se ha descuidado en la mayoría de las empresas este problema, lo cual no sólo afecta al interés de los empresarios, sino al bienestar general.

Quizá muchas de las dificultades, y sobre todo la situación desfavorable con respecto a otros países, se deba—entre otras razones—a nuestra despreocupación por este problema de los costes mínimos. La contabilidad, tal como se lleva en la actualidad, sólo refleja los resultados finales del ejercicio, pero no el mecanismo interno de los costes. "Habría que aplicar métodos modernos para ver en cada empresa cuál debe ser su "dimensión óptima"; es decir, cuál debe ser aquella dimensión que dé lugar al coste mínimo. Claro es que eso llevaría a unos gastos adicionales de personal, de empleados y técnicos en Economía para determinar cuál es el coste mínimo, que la "miopía" de muchos empresarios consideraría como un "derroche" superfluo. Se podrían citar multitud de ejemplos norteamericanos, ingleses, alemanes, holandeses y escandinavos, para no citar más que los principales, en los cuales esto les ha reportado millones de ganancias. ¿Sabéis quiénes financian el departamento de Economía de la Universidad de Chicago? Pues los empresarios y comercian-

tes de la gran ciudad. Claro es—se nos dirá—que se trata de un país muy rico. Sin embargo, cuanto más pobre sea un país, tanto más necesario es este conocimiento. Pero hay algo más: nuestras empresas no sólo no alcanzan las dimensiones óptimas, sino que tampoco aplican los métodos de producción más eficientes. Siguen empleando, salvo raras excepciones, métodos anticuados y rutinarios. Muchas veces es por falta de medios, de conocimientos y posibilidades, pero en otros casos es por un mal entendido sentido práctico. En esta esfera, el Estado debería prestar su colaboración y apoyo a aquellos empresarios animados de un espíritu moderno y eficaz.

Necesidad de buenos técnicos

A este respecto, se dice generalmente de un modo despectivo por hombres "prácticos", que no tienen de tales nada más que el nombre, que lo que interesa son muchos fabricantes, comerciantes y trabajadores y menos profesores y científicos. Pues bien; el nivel de vida de un país y sus posibilidades de todo orden depende, ante todo, de sus universidades y escuelas, de sus investigadores y del grado de progreso técnico alcanzado. Decía un gran economista que si a causa de un cataclismo, de la noche a la mañana, se perdieran todas las fábricas, edificios, etc.; es decir, la totalidad de su riqueza material, en tanto se mantuviesen los conocimientos técnicos o se conservasen las ideas fundamentales, el país podría recuperar aquella riqueza en un plazo más o menos largo. Por el contrario, si las ideas científicas, artísticas, etc., se perdiesen, aun cuando la riqueza material se conservase temporalmente, la civilización caería de nuevo en la edad de las tinieblas. Esto, que parece tan elemental como evidente, conviene todavía recordárselo a aquellos que sólo ven los árboles, pero no el bosque.

Comercio exterior

Otro de los factores de que depende también la capacidad de un país para obtener renta es el comercio exterior. Vamos a hacer unas cuantas consideraciones.

Si nosotros suponemos que un pueblo está aislado del exterior, es decir, que se basta a sí mismo o que se trata de una economía cerrada, cabría admitir que los precios relativos de los diversos artículos eran los mismos en todos los países, que costaba igual en un país que

en otro producir, por ejemplo, bicicletas y sombreros. Si tal cosa ocurriese, es evidente que no habría necesidad alguna del comercio exterior.

Claro es, se nos dirá, que es imposible, y efectivamente lo es, que se dé dicha situación en ausencia del comercio exterior, porque en el momento en que un país está aislado de los demás, en el momento en que no hay posibilidad de comunicarse, es evidente que se manifiesten diferencias en los costes relativos que provienen de las diferentes riquezas naturales, del grado mayor o menor de especialización de sus habitantes, etc., en cada país. Esto influye, naturalmente, para que los precios relativos sean diferentes. Por ejemplo, Alemania, como saben ustedes, debido a su sistema de enseñanza, ha dado una gran cantidad de químicos y productores de instrumental científico. Es evidente que en relación, por ejemplo, con los Estados Unidos, la producción de estos artículos sea más barata, medida siempre en trabajo y capital, en Alemania que en los Estados Unidos. De modo que no se pueden admitir, en ausencia del comercio internacional, los mismos precios relativos en todos los países. En esto se basa la teoría clásica de David Ricardo sobre los costes comparativos. De modo que ya vemos que el comercio internacional eleva la capacidad de obtener renta de un país.

Pues bien; de aquí se deduce una importante consecuencia, a saber: que los bienes que importemos tienen que ser pagados con los bienes que exportemos; es decir, aparece aquí el concepto de balanza comercial. Si nosotros no podemos producir una cantidad tal de bienes que, medida en trabajo, capital y tierra, nos permita adquirir diferentes bienes producidos en otros países en condiciones más ventajosas, es evidente que el comercio internacional no tendría lugar.

Esta es la razón de por qué el comercio exterior eleva la renta real del país. Pero hay que tener también en cuenta lo que Federico List decía en su "Sistema de economía nacional", de que no bastan las ventajas netas inmediatas que se derivan del comercio nacional, porque puede haber una ventaja actual en la exportación de ciertos bienes a cambio de otros, y, sin embargo, a la larga, esta ventaja puede convertirse en una desventaja. Por tanto, la condición para que las ventajas del comercio internacional sean efectivas es que lo sean a largo plazo. Los países jóvenes, es decir, aquellos países que tratan de industrializarse y que desean aprovechar sus recursos en un grado más elevado, se encuentran, evidentemente, en una situación desfavorable con respecto a los países más adelantados, fuertemente industrializados.

"Pues bien—dice Federico List—: si no se pusiesen en aquellos países restricciones al comercio exterior, es evidente que dicho países jamás encontrarían una oportunidad para desarrollar su capacidad industrial." Como ven, el argumento es bastante convincente. Se podría generalizar esto que llamaba List la "protección a la industria naciente" a un país donde existiese un gran desarrollo industrial, obreros sumamente capacitados, técnicos, una organización bancaria eficiente y bien organización, etc.

Supongamos que en los Estados Unidos hubiese una actividad que no se ha desarrollado hasta ahora, pero para la

Ejercicios espirituales para propagandistas

Tendrán lugar (D. m.), desde la tarde del día 7 de diciembre hasta la mañana del día 12 siguiente, en la Casa Diocesana de Ejercicios, calle de Zurbarán, núm. 8, Madrid.

Se incluyen en esas fechas dos días de fiesta, que son el día de la Inmaculada y el domingo día 11.

Las inscripciones deben realizarse en la Secretaría de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, Alfonso XI, 4, quinto izquierda.

cuai tenga el país una capacidad natural; es decir, que si hubiera oportunidad de desarrollarla, aquella industria sería rentable. Pues bien: dadas las condiciones técnicas, bancarias, etc., de los Estados Unidos, dicha industria se desarrollaría naturalmente, sin la protección del Estado y sin temor a la competencia exterior. Claro es que en este caso, por existir una ventaja económica potencial o latente en el país, se estableciese o no la protección a la industria, ésta acabaría por imponerse, ya que se contaba con elementos, organización y recursos naturales suficientes para ser transferidos de otras actividades a la producción de aquellos artículos procedentes de la industria naciente.

El comercio internacional, por tanto, reporta ventajas netas a aquellos países que se encuentran en una situación de superioridad relativa con respecto a otros. Ustedes saben que el Japón contaba con una enorme masa de mano de obra. Y, claro es, por las razones indicadas, un país que cuenta con un excedente de mano de obra en relación con el capital y la tierra, es evidente que en él los productos en los cuales la mano de obra participe en una proporción mayor que el capital y la tierra tendrán un precio más bajo que en aquellos otros países donde la mano de obra escasee. Pues bien: en aquellas producciones o manufacturas donde el factor trabajo constituye la parte fundamental de las mismas, el Japón estaría en una situación de ventaja relativa, y, por tanto, le convendría especializarse. Ustedes saben que en la producción de seda, por ejemplo, el Japón no tenía competidores.

Exportación e importación. Balanza de pagos

Hay otro problema que interesa aclarar. Hemos dicho anteriormente que para que un país pueda importar artículos extranjeros es necesario que cuente con una exportación suficiente, puesto que las importaciones se pagan en última instancia con exportaciones. Sin embargo, pueden exportarse también capitales, como en el caso de Inglaterra, que hasta el año 1939 recibía unos 200 millones de libras esterlinas en concepto de intereses por las inversiones realizadas en el exterior. Con ellas financió los ferrocarriles argentinos, muchas empresas de África, de Asia y de la misma Europa. Pues bien: estas exportaciones de capital han permitido a Inglaterra, por espacio de muchos años, disponer de un excedente de las exportaciones sobre las importaciones, gracias al cual fué incrementando sus inversiones en el exterior. Entonces Inglaterra se permitía el lujo no sólo de pagar todas sus importaciones, sino de incrementar los intereses anuales procedentes del extranjero. Pero a consecuencia de la guerra Inglaterra se encuentra en la actualidad con 150 millones de libras menos en su balanza de pagos, sin contar con las deudas de guerra, ya que tuvo que vender la mayoría de sus inversiones exteriores. Pues bien: el problema que se presenta a un país cuando ha perdido esta situación favorable es el de nivelar su balanza de pagos. Pero el déficit real no es el que arroja directamente la balanza de pagos. Cuando se dice por ahí que el saldo desfavorable de la balanza de pago asciende a tanto, lo esencial no es el déficit en sí, sino las características del mismo. Es decir, hay que llevar a cabo un análisis cualitativo y no sólo

cuantitativo de la balanza de pagos. Pongamos por ejemplo el caso de Inglaterra. En Inglaterra el 37 por 100 de las importaciones de materias primas se transforma después en productos manufacturados de su industria, que son reexportados de nuevo al exterior. Por consiguiente, si el 37 por 100 de las materias primas importadas se reexporta después en artículos manufacturados, esto quiere decir que habrá que multiplicar los 150 millones de déficit

100

por —, es decir, que el saldo verdadero de su balanza de pagos ascenderá a cerca de 240 millones de libras. Hagamos ahora un pequeño paréntesis. Con frecuencia se hace el reproche a los economistas de que a éstos no les interesa el bien común. Que obsesionados con los problemas de su ciencia, se han desentendido del bien común. Nada más injusto. Por el contrario, los economistas se han afanado, desde los tiempos de Adam Smith, por mejorar el bienestar de las gentes. El gran economista inglés Alfredo Marshall dice en las primeras páginas de sus "Principios" que los dos grandes factores que más han contribuido al bienestar de la Humanidad han sido el religioso y el económico. Lo que no han hecho los economistas ha sido amparar científicamente las teorías descabelladas de muchos sociólogos y políticos utópicos. Por otra parte, la Economía es una ciencia de medios, no de fines.

100
63

Equilibrio de la balanza de pagos

¿Cuáles son los medios de elevar la capacidad de un país para exportar más o para equilibrar su balanza de pagos? A mi juicio, prescindiendo de otros métodos, hay tres caminos principales: uno, elevar el grado de eficiencia técnica y de organización de la producción nacional; otro, incrementar la demanda exterior de nuestros productos, y otro, concertar préstamos exteriores que se traduzcan en una elevación de la capacidad productiva. Si un país mejora su organización y su técnica, es evidente que podrá alcanzar una mayor eficiencia productiva; es decir, que podrá producir a un menor coste o con mayor rendimiento, y, en este caso, logrará que cambie el coste relativo de sus productos con respecto a los del extranjero.

Este puede ser un camino; es decir, el mejoramiento de la técnica y organización productiva puede ser el medio de equilibrar la balanza de pagos y de elevar la capacidad de obtener renta del país. Claro es que si se carece de la técnica y del equipo capital indispensable, no habrá más remedio que o desechar este medio o sacrificarse y concentrar todos los esfuerzos y recursos de la nación en la obtención de bienes capital y en la debida preparación técnica de la población. Sin embargo, ello ha de hacerse sin restringir gravemente las importaciones de materias primas y de alimentos, ya que lo primero paralizaría probablemente gran parte de la industria nacional, y lo segundo constituiría un grave atentado contra el bien común y el bienestar de las gentes. Otro camino sería—como hemos dicho—elevar la demanda de los productos del país. No creo que—en principio—exista una incompatibilidad entre una política que se proponga alcanzar de nuevo el equilibrio de la balanza de pagos y una política de elevación de salarios y cargas sociales. Esto no quiere decir—en modo alguno—que rechacemos los fines que esta última política persigue, sino que hay una incompatibilidad de fines, en cuyo caso lo más probable es que se produzca una neutralización de los mismos.

Otra solución puede ser concertar préstamos con el extranjero; pero esto debe hacerse para importar maquinaria, materias primas, etc., con el decidido propósito de aumentar la eficiencia y el volumen de la industria nacional. Por eso carece de fundamento el temor de que un préstamo exterior disminuya, a largo plazo, la capacidad de obtener renta del país y empeore su situación económica. Si el préstamo se traduce en un incremento de la inversión real, en un mejoramiento del equipo, se logrará a la larga incrementar la renta nacional, el volumen de ocupación y el bienestar del país. Claro es que si el préstamo se dilapida en importar automóviles de lujo y demás bienes suntuarios, no se habrá hecho otra cosa que empeorar la situación del país a costa del sacrificio de todos sus habitantes, con la sola excepción de aquellos que han recibido los bienes de lujo. Si las licencias de importación se conceden a grupos monopolísticos, puede elevarse la capacidad de obtener renta del país, pero sin mejorar el nivel general de vida de la nación, lo cual es un atentado contra el bien común. La responsabilidad de que esto no suceda corresponderá entonces al Estado.

Pensadores políticos del siglo XIX

Por don Francisco Gutiérrez
Lasanta

Obra galardonada con el
premio Manuel de Bofarull
1936. 390 páginas.
35 pesetas.

INDICE

Semblanza del siglo XIX.
Los pensadores politicocatólicos.
La Historia vista por nuestros pensadores.
Coincidencias teológicas.
Apologistas de la Iglesia católica.
Coincidencias sociales.
Los problemas europeos vistos por nuestros pensadores.
Coincidencias patrióticas.
La unidad religiosa de España, afirmación común de nuestros pensadores.
Ideario político de nuestros pensadores.
La Monarquía española y los políticos del XIX.
Política negativa.
El problema de la enseñanza visto por nuestros políticos.
Periodistas y maestros de prensa.
Política exterior de España.
Profetas del porvenir.

Pedidos a la A. C. N. de P.
Alfonso XI, 4, 5.º izquierda
MADRID

LOA DEL TRABAJO PERFECTO

CONFERENCIA DE JOAQUIN AGUINAGA EN EL CIRCULO DE ESTUDIOS DEL CENTRO DE VITORIA

¿De qué trabajo se trata?

Ante todo, vamos a ponernos de acuerdo respecto de un punto. ¿De qué trabajo hablamos? ¿Acaso sólo del que produce sudor en la frente, callos en las manos y dolor en los riñones? Ya se entiende que no. El intelectual reclama el derecho de hablar de su trabajo; hay tardes en que la pluma es tan pesada para los dedos, para el brazo, para todo el cuerpo como el pico del minero o el arado del labrador; días en que para hablar, para enseñar, oír lo digo por experiencia, hay que arrancarse a silencios amados y necesarios; consumirse buscando palabras exige a veces tanta energía como remover la tierra. Queremos referirnos aquí a toda actividad, física o intelectual, dura o leve, fatigosa o llevadera, remunerada o gratuita y...; ¿qué queréis!, también útil o inútil. No nos atrevemos a arrojar la primera piedra contra ninguna actividad si es honesta. Ni siquiera a negarle ese noble calificativo de "labor", porque no sepamos adivinar su mérito a través de unas antiparras utilitarias. ¿Quiénes somos nosotros para fijar la escala de valores y para sacudir como cantarozos las sentencias "Esto es mejor que aquello, porque esto sirve y aquello no"? ¿Qué quiere decir esto "sirve", "vale" o "es útil"? ¿No os habéis tropezado nunca con el despectivo "¡No hace nada!"? "He aquí el insoportable tópico del vulgo", dice Azorín refiriéndose a una forma de actividad que se desprecia por inútil.

No queramos sentenciar con exclusivismo en pro de una u otra ocupación, aunque lo hagamos con la gracia que lo hacía Cornuty. Cornuty era un artista extranjero que vivía en Madrid y frecuentaba sus tertulias. Cierta día se hablaba en una de ellas de la profesión de ingeniero. Cornuty, que no dominaba el castellano, hizo que le explicasen lo que era ingeniero, y al saberlo exclamó: "¡Ah, sí; esos hombres que hacen las cosas que no sirven para nada!"

¿Por qué no suavizar las estridencias con un lubricante de desapasionamiento y comprensión? Utilitarismo y belleza. Todo es compatible, sin comprometernos a escalafonar sus importancias.

Cuenta Chésteron que dos personajes discutían cierta noche, mientras paseaban, el valor respectivo de dos conceptos análogos a los expuestos, pues si no eran lo útil y lo bello, eran el realismo y el idealismo, o el orden y la fantasía. Discutiendo llegaron junto a un farol que lucía frontero a un árbol. Entonces, deteniéndose, dijo uno de los litigantes: "Aquí tiene usted su dichoso orden; aquí, en esta miserable lámpara de hierro, fea y estéril; y mire usted, en cambio, la anarquía rica, viviente, productiva en aquel espléndido árbol de oro." "Sin embargo—replicó el otro pacientemente—, note usted que gracias a la luz del farol puede usted ver ahora mismo el árbol. No estoy se-

guro de que pudiera usted ver el farol a la luz del árbol."

¿Cómo se trabaja hoy?

Puestos de acuerdo sobre lo que entendemos por trabajo, pasamos a preguntar: ¿Qué tal se trabaja hoy?

Dice Zunzunegui que desanzuelarse de las cosas es el primer síntoma de madurez, porque hacerse viejo es ir cortando amarras con la vida. Si es así, yo noto mi edad, porque cada vez me gusta menos mi siglo, las cosas de mi siglo y cómo se hacen las cosas en mi siglo.

Fraga de Porto, que ha escrito un interesante prólogo al "Cavour" de Ponzini, cuando habla de León XIII dice: "Es ésta una figura íntegra del siglo XIX. Hasta tal punto, que se asomó al siglo XX, lo atisbó durante tres años y se murió. Es natural. Por grande que fuese su supervivencia, ¿cómo, después

de vivir en su siglo, soportar el horror de éste?"

Pero estábamos olvidando ya nuestra pregunta. ¿Qué tal se trabaja hoy? ¿Se trabaja mejor o peor que antes? Yo me atrevo a sentar esta afirmación: hoy trabajan mejor las máquinas y peor los hombres. La primera parte, como decimos de algún teorema matemático, no necesita demostración, y sería necio desconocer el progreso mecánico en cualquier orden o abominar de él diciendo, como aquel personaje, que todo progreso es una colosal inmoralidad, porque consiste en el bienestar de unas generaciones a costa del trabajo y del sacrificio de las anteriores.

El que, lejos de mejorar, ha empeorado es el trabajo del hombre. Las causas de este fenómeno, observable por todos, son tan complejas y tan inaprehensibles muchas de ellas para mí, que renuncio de antemano a hacer una completa exposición de todas y me limitaré a ir enunciando las que pueda.

Por qué se trabaja peor

En primer lugar, hoy se trabaja peor porque se trabaja con más facilidad, más cómodamente. ¿No se dice que las madres no querían tanto a sus hijos si les costase menos tenerlos, y no se afirma por un filósofo que todo lo fácil es inmoral?

Se trabaja peor porque se interponen demasiadas cosas sin alma entre la obra y el artífice, y sacamos al trabajo el mismo gusto que sacaríamos chupando un caramelo con el papel puesto. En nuestros tradicionales oficios no había máquinas y las herramientas eran como una prolongación de las manos del obrero. Este tocaba la pieza y la acariciaba al trabajarla. Pensemos en esos carpinteros cuyo trabajo, como dice Azorín, es casi un idilio conmovedor... ¿Podríamos calificar así la labor del que comprueba unas graduaciones, acciona un interruptor y se pone a fumar un pitillo hasta que se enciende una bombilla encarnada?

Se trabaja peor porque se ha perdido el respeto a sí mismo y a los demás, y esto es terrible. El respeto a sí mismo es producido por el sentimiento de la propia dignidad. El respeto a los demás, por la certeza de nuestra hermandad en Cristo, o cuando menos, por el sentido de una solidaridad ciudadana. Preguntaban a un escritor cuál era, a su juicio, la cualidad fundamental de la civilización, y contestó sin vacilar: el respeto. Las sociedades ascienden o declinan según que en ellas suba o baje el respeto. Y añadía: La base del honor es el respeto, y no puede haber civilización sin honor.

Pues bien: todas nuestras obras deben ser trabajos de honor, tan importantes como las palabras de honor. En ellas, por respeto a nosotros mismos y a los demás, no podemos dar nada que no sea

OBRAS COMPLETAS DEL PADRE ANGEL AYALA, S. J.

Dos gruesos volúmenes de más de 1.000 páginas cada uno, magníficamente encuadernados en tela, conteniendo las siguientes monografías

TOMO I

Formación de selectos.—Educación de la libertad.—Consejos a los jóvenes.—Consejos a las jóvenes.—El Estado docente liberal

TOMO II

Ignacianas.—Diferencia entre el estado seglar y el religioso.—Exámenes prácticos para días de retiro.—Dirección de jóvenes.—Congregaciones marianas.—La elección de estado en los colegios de religiosos.—Examen de conciencia. Los jesuitas

Precio de cada volumen:
50 PESETAS

Dirija sus pedidos a la Casa
de San Pablo, Alfonso XI, 4.
Madrid

lo mejor, lo más veraz, lo más acabado. La parte que no se ve de la silla debe ser tan perfecta como la que se ve.

Armando Palacio Valdés creó un personaje que goza de todas nuestras simpatías. Se llama Sarrió, y su figura apenas queda esbozada a través de geniales rasgos. Cierta día Sarrió, abandonando su pueblo, se trasladó a Madrid. Nunca tal hiciera. Porque con íntimo dolor comprobó en la capital la locura y desenfreno de los hombres al ver que en unos bombones que había comprado, los rótulos de "menta", "limón", "vainilla" no correspondían a las cremas que estos bombones encerraban.

«Nosotros, que nos reímos de Sarrió, ¿no habremos vendido alguna vez nuestro trabajo como bueno, acabado y perfecto con los rótulos falsos o cambiados?»

* * *

Se trabaja peor porque se trabaja superficialmente. Nos dejamos subyugar por el efectismo, defecto propio del vulgo, que no cala en el fondo, buscando lo sustancial y la entraña. La muchedumbre se inclina al perifoneo y se irrita ante lo esencial, porque no lo comprende, sin pensar que lo esencial es lo selecto.

Pemán haría culpables de todo esto a los árabes. Para él, la civilización árabe es en todo una civilización de decadencia, de superficie, que no cala nunca hondo y no produce más que las cosas exteriores: el brillo, el color, el barniz... Español es el vino, el aceite o el pan de que nos alimentamos y vivimos; árabe es el azúcar del postre, la esencia del pañuelo o la flor del ojal... Los árabes no ponían más que el detalle, el adorno, el azulejo y el relieve de yeso. Y, desgraciadamente, es un hecho que el amor al efecto de las cosas es lo que caracteriza una decadencia espiritual.

Los primeros libros y el trabajo

Trabajamos mal nosotros, católicos, porque no sabemos ver cuánto hay de virtud en el trabajo, y sobre todo en el trabajo bien hecho y ofrecido por Dios.

Y así como hace un momento decía yo que Pemán echaría la culpa de todo aquello a los árabes, ahora la echo yo en gran parte a aquella colección de "Juanitos", esos libros de lectura para hijos de familia, hoy por fortuna pasados de moda, y para los que sólo eran ejercicios de virtud salvar de la muerte a un anciano que en un río estaba a punto de ahogarse, o una criatura que iba a morir en un incendio, o librar (en el ejercicio de la abogacía) a una pobre viuda de las garras de un usurero...

En "Rinconete y Cortadillo" se nos enseña algo a este respecto en aquel diálogo que sigue:

«—¿Es vuesa merced por ventura ladrón?»

—Sí—respondió él—, para servir a Dios y a las buenas gentes; aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año de noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

—Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

—Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios.»

El trabajo se nos impuso por Dios antes del pecado y no como castigo de éste. Examinando el texto del Génesis que dice: "Tomó, pues, el Señor Dios al

hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivase y guardase", observa agudamente don Jesús Enciso que aun antes del pecado el hombre estaba destinado al trabajo y que cuando pecó se le impuso como castigo no el trabajo mismo, sino lo que éste tiene de agotador e ingrato.

No por ser obligatoria la diaria ocupación, no por ser vulgar y repetida hemos de renunciar a extraer de ella la más alta utilidad espiritual. Hagamos manar plenamente de nuestros trabajos fuentes vivas de virtud con sólo poner un poco de amor en las cotidianas tareas. Para Azorín, el amor del operario a su profesión es lo que más importa en los oficios, liberales o mecánicos. Cualquiera que sea el trabajo que realicemos, grande o pequeño, lo esencial es realizarlo con vivo amor. Un modesto obrero en pobre taller, enamorado de su arte, fervoroso en su labor, es tan admirable—independientemente de la obra realizada—como el más afamado artista. Sólo en esos obradores de los pueblos pequeños se admira aún el minucioso cuidado y la perseverante cordialidad de los artesanos. Por eso añoramos los viejos gremios, paternos y benéficos, prolongación de la familia. Ellos eran una garantía del trabajo fino, concienzudo, del cual la obra salía acabada en su perfección. La pieza maestra, prueba en el examen; la pieza perfectamente concluida, labrada con amor y sin la cual no se podía tener personalidad gremial artística, dominaba al gremio.

La prisa en la labor

Se trabaja mal porque se trabaja de prisa. Las labores no se concluyen. Como ha dicho alguien, concluir es trabajar con prolijidad fervorosa, y lo prolijo está reñido con la prisa que hoy exige la vida.

El hombre activo—sentencia Zunzunegui—es el que no tiene ganas de hacer las cosas bien. La actividad es lo más parecido al apresuramiento, y un hombre atropellado o apresurado no hará nunca nada duradero.

Nos impresionaba un día oír a don Leonardo Urteaga que los monjes de Montserrat hacían las cosas bien porque no tenían prisa. Nosotros la tenemos, porque nos acucia la vida. Y, por desgracia, cuando alguno, más afortunado que los demás, tiene tiempo porque la existencia se le brinda fácil y regalada, el trabajo no le apetece de

ningún modo. Acaso tiene una difícil tarea que cumplir, porque es portador de un nombre y su vida debe consagrarse a esa elevada ocupación, tan minuciosa y absorbente que casi nunca le permite dedicarse a otros trabajos. Y se pregunta Fernández Flórez: ¿Puede constituir una misión humana acarrear un apellido desde el siglo XII al XXXIII? Si a esto se redujese todo, ¿no sería más útil al mundo el que acarrear un baúl?

Como, en resumen, el que trabaja lo hace atropelladamente y el que puede dedicar a su obra la necesaria pausa no quiere trabajar, estamos en el caso de aquel granjero de Arkansas cuyo techo goteaba profusamente. Al preguntarle por qué no lo componía, contestó: "Cuando el tiempo es bueno, no hay necesidad de componerlo, y cuando es malo, no puedo hacerlo."

Las malas ambiciones

Se trabaja mal porque tenemos ambiciones malas y no sabemos o no queremos reemplazarlas por otras buenas. Nos preocupa mucho la retribución del trabajo y poco el trabajo mismo.

Dice un autor que el trabajo ha de caracterizarse por una ley de movilidad (añadir continuamente algo nuevo a una cosa incompleta), pero también por una "generosidad metafísica": el trabajador debe trabajar para su obra más que para sí mismo.

¿Eugenio d'Ors, cuya atención se ha dirigido muchas veces a perfilar la que él llama "filosofía del hombre que trabaja y que juega", escribe a este respecto una glosa admirable, en la que un personaje censura a otro la minuciosidad de su trabajo, ya que por él sólo va a percibir una retribución que llama "retribución de trabajo mediano". ¿Por qué dar a la sociedad más de lo que la sociedad paga? Y el interpelado contesta:

"No sé por qué... Mejor dicho, lo sé; pero usted no admitiría mi razón como buena... La razón es doble: primero, que uno es como es; segundo, que me parece que la "moral del trabajo" exige que el hombre que trabaja, en el instante de hacerlo, olvide cualquier utilidad, cualquier pero, y halle en la tarea misma que tiene entre manos y en la satisfacción de llevarla tan lejos como pueda en el camino de la perfección, móvil bastante, paga bastante para dar a ella y por ella todo el esfuerzo del momento, toda la vida si es preciso... Sospecho que así han hecho siempre en todas las épocas, en todas las ocasiones, los trabajadores excelentes. Y de la falta de esto se resienten hoy muchos órdenes de trabajo en muchos países y también el vivir ético de los mismos trabajadores.

El interés por el deber

La tarea que tiene entre manos ha de ser siempre para el trabajador cosa santa. No llamo verdadero trabajador sino a aquel capaz de hipotecar en la obra de un día todo su futuro, todo el futuro del universo. Mal haya quien al trabajar o al amar calcula fuerzas y las ahorra. Sólo quien al trabajar o al amar se siente fuera y emancipado del tiempo es verdadero trabajador, verdadero amador. Que cada una de tus obras, hombre, cada estatua, cada curación, cada mueble, cada glosa, cada mondadientes, sea fabricado así como si el mundo entero estuviese suspenso y en expectativa del resultado, y vitalmente lo necesario, porque así es en verdad.

Ediciones de la A. C. N. de P.

ENCICLICAS DE LEON XIII
sobre doctrina política

EL ORIGEN DEL PODER
("Diuturnum")

LA CONSTITUCION CRISTIANA DE LOS ESTADOS
("Inmortale Dei")

LA LIBERTAD HUMANA
("Libertas...")

Un hermoso fascículo de 120 páginas, siete pesetas

Los pedidos, a la Secretaría
General de la A. C. N. de P.
Alfonso XI, 4, 4.º

Prodigad, pues, vuestras fuerzas; prodigadlas, que en prodigar las fuerzas y de ninguna manera en proporcionarlas, está la moralidad del trabajo. Y al que os diga que tengáis en cuenta la paga, contestad que, si fuera a verse la paga, todo el oro del mundo no bastaría para pagar justamente una cosa tan excelsa como es una hora de la vida de un hombre y el infinito de posibilidades que contiene una hora de vida de hombre que la tarea encargada inutiliza.

Las posibilidades de tiempo del hombre que se ha empleado en fabricar cien mondadientes no son bien pagadas ni siquiera con diez millones de libras esterlinas. Pero si con la dignidad de haber fabricado cien mondadientes, si se ha dado a ellos todo el esfuerzo, toda la sangre, toda el alma y toda la vida, si se han fabricado cien perfectos mondadientes."

Grandes aspiraciones

Una noble ambición en el trabajo es también el afán de sobresalir. Aspirar siempre, dentro del oficio, a la excelencia y maestría.

Zunzunegui pone en boca de uno de sus personajes esta frase que me hizo gran impresión: "No comprendo dedicarse a un quehacer si no se piensa en ser primera figura." Algo parecido nos dice también Palacio Valdés: "El hombre que en este mundo no consigue lo que quiere, o quiere lo que no debe querer, o no lo quiere como debe."

Es también otra noble ambición la de sobrepasar la raya que nos señala el mínimo exigible, haciendo que se derrame el rico vino de nuestro esfuerzo desbordando la medida de una obligación estricta.

Con las ordenanzas de Carlos III para el Ejército sucede muchas veces lo que con Quevedo. ¿No habéis notado que muchas personas tienen al genial escritor por un procax libelista, autor de todos los chascarrillos escatológicos que circulan por el mundo? Del mismo modo habréis oído asegurar que aquellas ordenanzas dicen por todo decir que los cornetas son la canalla de los ejércitos, el alférez un hombre ruin y dado a la bebida y el teniente un ser entregado al amor y al juego. Pues bien: las ordenanzas son un libro escrito en un castellano magnífico, del mejor sabor clásico, que abunda en normas de conducta, de las que todos podemos deducir enseñanzas.

Hablábamos ahora de sobrepasar el límite en el deber. ¿Qué os parece esta sentencia de las ordenanzas para ofi-

ciales: "El contentarse con hacer lo preciso de la obligación, sin que la propia voluntad adelante cosa alguna, es prueba de gran desidia e ineptitud para la carrera de las armas."?

Yo pienso que el que no trabaja y el que lo hace sin poner el alma entera en sus obras frustran su vida; y estoy con aquel autor que dice que Dios ha creado el Limbo exclusivamente para la gente que frustra su vida.

El trabajo y el descanso

Por último, se trabaja mal porque ni se sabe trabajar ni se sabe descansar.

Los pueblos latinos diferencian casi como términos antitéticos la vida y el ganarse la vida. El ganarse la vida es el trabajo, y mediante él conseguimos gozar de la vida por la holganza; es decir, por el "no trabajo". La holganza se practica generalmente en nuestro Viejo Mundo como una fase integral de una cultura muy antigua, cuya tendencia más profunda es hacia la contemplación reflexiva y el goce estético. De la contemplación surge la filosofía, mientras que de su aspecto estético fluye el hedonismo sensorial.

Por el contrario, el ideal norteamericano es la holganza activa; una utilización del tiempo libre en el que se prolongue una vigorosa actividad. El descanso aparece sólo como un momento de solaz que hace posible una nueva actividad un momento después.

Cultura amplia

Siendo yo muy joven tropecé con un libro en que se ponía como hoja de papel a cierto personaje a quien, entre otras cosas espantables, se tildaba de "erudito a la violeta". Aquello excitó vivamente mi curiosidad y pregunté en qué consistía crimen tan inaudito. Me dijeron que era algo así como querer saber un poco de todo. Yo quedé abrumado y me sentí al borde de la excomunicación, porque aquel vicio nefando gozaba de todas mis simpatías. Os confieso sin rubor que ni la edad ni la experiencia me han hecho cambiar de opinión y que si alguna vez me hubieran hecho abjurar hoy sería relapso. Me entusiasma leer que Spencer era filósofo, pero también ingeniero, periodista, pintor, músico y literato; que recogía pedruscos, estudiaba fisiología y, sobre todo, inventaba...; que inventaba unas cosas fantásticas, deliciosamente inútiles: una extraña máquina magnética, una aguja de encuadernar, una cama para enfermos, una estufa que se tragaba el humo...

¿Cómo adivinar que en el camino torcido que tomó Saúl para buscar los pollinos paternos se había de ganar un reino? Aunque seamos abogados, médicos, ingenieros o agentes de Bolsa. ¿por qué no aprender a dibujar, a tocar un instrumento, a trabajar la madera o a arreglar las luces de nuestra casa?

Cuenta Walter Pintkin que un estudiante universitario, galardonado en todas las asignaturas, le confesó su propósito de dedicarse a pintar paredes. Pintkin quedó anonadado. "¿Cómo es posible que un tipo de su capacidad...?" "¡Oh!; usted no me ha entendido—explicó el alumno—. Mientras pinto urdo la trama de mis mejores novelas y trabajo en problemas matemáticos."

Azorín dice que se pueden pulir vidrios o hacer una maleta y estar filosofoando. Seamos versátiles sin miedo. Ultimamente hemos perdido de vista la gran verdad de que la vida misma es

una tarea compuesta de múltiples oficios. El "rigor vitae" es mucho más terrible que el "rigor mortis", pues se instala en el cerebro, obligándolo a dirigirse por un sólo rumbo y a cristalizarse en su rutina.

Pero para que no me acuséis de que os induzco a convertirlos en unos vitanos "eruditos a la violeta", os brindo esta otra solución, a la que ningún reparo puede oponerse. Jiménez Arnáu, viajando por Italia, recorrió las típicas callejas de una de sus ciudades, y al llegar frente a un miserable tenderete como los de nuestro Rastro topó con este letrero, que encierra todo un programa de vida: "Se hace lo que se puede y se arreglan abanicos." Es decir, especialización en una materia y conocimientos de todas las demás. O dicho en forma de sentencia: "Sabed todo de algo y algo de todo."

Frente a los vicios, las virtudes

Es ya hora de terminar, y me doy cuenta de que en mi charla a caso haya predominado lo negativo. Casi todo se ha vuelto deciros lo que no se ha de hacer al enumerar las causas por las que creo se trabaja mal. No importa. Arguyendo como en el catecismo, "contra estos vicios hay otras tantas virtudes", deducid vosotros éstas: una moral del trabajo exigirá amor y dignidad, prolijidad y esfuerzo, profundidad, afán de virtud, desinterés, variedad.

¿Olvido algo? Sí; una cosa, para mí importantísima: la elegancia. Mil veces mejor que yo os lo va a decir Eugenio d'Ors en estas deliciosas líneas, que son una pieza de orfebrería, y con cuya lectura quiero cerrar mi charla:

"Al contemplar la beata imagen de Juan de Mena que nosotros llamamos Nuestra Señora de la Amistad, ¿os fijastéis bien, estimado amigo, en la posición que tiene la mano derecha? La mano derecha es la que tira de los pañales que han de mudarse. Y esto lo hace con sólo tres dedos, dejando libres y levantados los otros dos en un pequeño gesto de suprema distinción.

Dos dedos libres y en el aire... Tal es también la disposición de la mano derecha en las elegancias que retrata el famoso Boldini, el tziganesco, acaramelado y mundano pintor de París. Sí, pero las elegancias que retrata Boldini no mudan ni sabrían mudar pañal alguno.

Levantar dos dedos no tiene gracia alguna si al mismo tiempo no se mudan pañales.

Tampoco hay gracia en el hecho de mudar pañales si no se tienen dos dedos libres levantados.

La gracia está en reunir las dos cosas: el pañal que se muda y la libertad de los dedos. La gracia consiste en unir en cada gesto, por pequeño que sea, sentido práctico e idealidad pura—utilidad y elegancia—, trabajo y juego."

"Viviendas, viviendas y viviendas"

Folleto en el que se aborda por nuestro compañero González de Vega (ex alcalde de Avila) la solución radical y viable de tan primordial problema. Se exponen principios, se indican medios concretos y se afirma con la convicción que da la experiencia vivida y contrastada con otras muy diversas

Pídanse ejemplares de esta edición popular en la Secretaría General de la A. C. N. de P., Alfonso XI, 4

Precio: 0,65, más gastos de reembolso

Por la comunidad cristiana

PRINCIPIOS DE ORDENACION SOCIAL

Traducción de

ISIDORO MARTIN
PRECIO: 15 PESETAS

Ernesto La Orden, nuevo secretario del Centro de Madrid



Ernesto La Orden Miracle acaba de ser nombrado por el Presidente de la Asociación secretario del Centro de Madrid.

Ya ocupó este mismo cargo en el año anterior al Movimiento y en los primeros meses de la liberación de la capital de España.

Es doctor en Derecho con premio extraordinario. Su tesis doctoral versó sobre "El estado de necesidad en el Derecho privado", y fué editada por la Universidad de Murcia en 1933. Consagrado al periodismo católico, el señor La Orden fué cronista parlamentario de "El Debate" en 1935 y 1936. Durante la dominación roja halló refugio en una Legación hispanoamericana, en la que escribió su patriótico "Romancero nacional", aparecido en el año 1939. Especializado en las cuestiones internacionales, fué redactor de la revista "Mundo" y colaborador, como editoria- lista, en la revista "Ecclesia", órgano oficial de la Acción Católica. Tiene publicado en la Editorial Labor un interesante libro sobre "Jaime Balmes, político".

Ingresó en la carrera diplomática en el año 1942 y fué nombrado al año siguiente cónsul adjunto en Montevideo. En esta ciudad mantuvo especial contacto con los problemas católicos, en actividades que se reflejarán en el libro "Uruguay, el benjamín de España", que va a aparecer en fecha muy próxima.

De Montevideo pasó a Quito, como secretario de la Legación de España en la capital del Ecuador, donde realizó especialmente una tarea cultural: la Exposición del Libro Español, la creación de la Biblioteca Hispánica, etc.

Asistió en Bogotá a la conferencia panamericana en 1948.

Fruto de su estancia en el Ecuador, país del que regresó hace pocos meses, será un libro titulado "Elogio de Quito", inspirado por los monumentos de arte de la ciudad de los Andes.

En la actualidad nuestro compañero es jefe de la sección de Publicaciones en la Dirección General de Relaciones Culturales del ministerio de Asuntos Ex-

ACADEMIA JEREZANA DE SAN DIONISIO, DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

Apertura del curso académico. El presidente de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, pronunció el discurso inaugural

Nuestro Presidente, nombrado académico de honor

La Academia Jerezana de San Dionisio de Ciencias, Artes y Letras, fundada bajo los auspicios del Centro de propagandistas de Jerez de la Frontera, celebró su primer acto oficial después de su constitución legal, el Día de la Raza, 12 de octubre próximo pasado.

Tuvo lugar el acto en el paraninfo del Instituto de Enseñanza Media, revistiendo la mayor brillantez. Presidió el acto el presidente de la docta Corporación académica, don Angel Rodríguez Pascual, ocupando destacados lugares en el estrado las distintas autoridades y personalidades de la ciudad, y el marqués de San José de Serra, presidente de la Real Academia de Santa Isabel de Hungría, a cuyo cargo estuvo el discurso inaugural. Los señores académicos de la Jerezana de San Dionisio ocuparon el sitio para ellos destinado en el estrado.

Declarado abierto el acto por la presidencia y rezadas las preces por el asesor religioso de la Academia, se dió lectura a la Memoria por el secretario general, don Ramón García-Pelayo y de Trevilla. En dicha Memoria se dió cuenta de la labor realizada durante el año transcurrido, casi toda ella dedicada a la organización y legalización de la nueva Academia; de los actos culturales celebrados y de los acuerdos tomados, entre los que figuraba el nombramiento de académico de honor a favor de don Fernando Martín-Sánchez, Presidente de nuestra Asociación Nacional de Propagandistas, por el decidido apoyo prestado a la Academia Jerezana en las distintas gestiones realizadas cerca de los Poderes públicos para la constitución y legalización de la misma.

Después de leída la Memoria, el presidente de la Academia, don Angel Rodríguez Pascual, usó de la palabra en florido y elocuente discurso, manifestando la satisfacción de la Academia al hacer el balance de las tareas del año anterior y mostrando el agradecimiento a la Alcaldía de Jerez por la cesión que ha hecho a esta entidad cultural del edificio en donde ha de instalarse la Academia, haciendo resaltar el entusiasmo del alcalde de Jerez, don Antonio Mateos Mancilla, a quien se le debe, en gran parte, la pronta constitución de la misma.

Dedica el señor Rodríguez Pascual un canto a la ciudad de Sevilla y hace la presentación del orador con brillantes y acertadísimas palabras, con las que expone la amplia y valiosísima biografía del conferenciante.

El marqués de San José de Serra, presidente de la Real Academia de Bellas Artes, colaborador del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, y de la revista "Mundo Hispánico", así como miembro del Consejo de redacción de "Criterio".

Artes de Santa Isabel de Hungría, leyó su magnífico discurso, en el que hizo galas de su erudición, versando el tema sobre las múltiples relaciones de hermandad, antiguas y modernas, que siempre han existido entre Sevilla y Jerez en los aspectos de carácter histórico, religioso, cultural y artístico, y en el social, o de parentesco y amistad, entre las familias representativas de las dos ciudades. El trabajo, perfectamente cuidado y maravillosamente interpretado, mereció los más cálidos elogios y aplausos.

Seguidamente se levantó la sesión, no sin antes pronunciarse por el Presidente las frases de rigor para declarar abierto el curso académico 1949-1950.

Con este acto, la Academia Jerezana de San Dionisio de Ciencias, Artes y Letras, inició su vida oficial.

NOTICIAS

El propagandista de Algeciras Leopoldo Aparicio Miranda ha sido nombrado por el señor Obispo de la diócesis presidente de los Hombres de Acción Católica del Centro interparroquial de aquella población.

—Nuestro compañero del mismo Centro Pedro Calvente Jiménez ha recibido el nombramiento de delegado corresponsal para el Campo de Gibraltar del diario de Jerez de la Frontera, "Ayer".

—El ex secretario del Centro de Alcoy y alcalde de la misma población, Enrique Albers Vicéns, ha sido nombrado jefe local de F. E. T. y de las J. O. N. S.

—El consiliario del Centro de Alcoy, don Vicente Asensi Victoria, S. D. B., ha sido trasladado por los superiores de su congregación religiosa a Barcelona. Su marcha ha sido muy sentida por los propagandistas.

—Blas Piñar López, propagandista del Centro de Murcia, ha sido nombrado notario de Madrid, por lo que se ha trasladado a esta capital, en la que ha montado su estudio.

—Ha ingresado en el Seminario de Misiones Extranjeras de Burgos el hijo de nuestro compañero del Centro de Madrid Javier Osset Merle.

—Han sido nombrados de la Academia jerezana de San Dionisio, de Ciencias, Artes y Letras, nuestros compañeros del Centro de Jerez Angel Rodríguez-Pascual, García Pelayo y Valentín Gavala presidente, secretario general y vocal respectivamente. Además, otros propagandistas del Centro forman parte de la Academia,